

AMORES (Y ODIOS) PLATÓNICOS

Los antiguos tenían el estrecho de Mesina que separa Sicilia de la península itálica por un lugar en ocasiones aterrador y siempre peligroso. Los viajeros audaces que osaban atravesarlo podían tener un incómodo encuentro con una criatura de seis patas y otras tantas cabezas, bien provistas cada una de estas con tres hileras de dientes afilados. Escila era su nombre y habitaba en lo alto de los acantilados, esperando pacientemente a que algún incauto cayese en sus fauces. Los marineros conocían bien su presencia y evitaban navegar cerca de su guarida aproximándose más al otro lado del estrecho. Allí no les esperaba un mar acogedor y en calma, sino Caribdis, otro ser estremecedor cuya descripción llena de inquietud: una especie de monstruo gigantesco que provocaba remolinos y turbulencias en las aguas con una fuerza tan desmesurada que ningún navío podía evitar caer en ellos. Absorbía violentamente las naves, jugaba con ellas hasta destrozarlas sin esfuerzo, como si fuesen de papel, y tres veces al día escupía los restos a gran distancia.

Platón conocía bien el estrecho de Mesina. Lo debió de atravesar al menos seis veces en tres viajes de ida y vuelta desde Atenas, y en el último tramo de su vida, haciendo balance de sus aventuras con la mirada escéptica de la edad avanzada, decía experimentar «resentimiento hacia

mi infortunada andanza en Sicilia»³. Califica de insólito y extravagante lo ocurrido en las tres estancias en la isla y, especialmente con respecto a la tercera, muestra su enfado consigo mismo y con los que «me habían forzado a marchar por tercera vez al estrecho de Escila para regresar de nuevo ante la funesta Caribdis» (345d, 128). Quizás recurriese sin más al tópico literario y mitológico para expresar su fastidio al tener que viajar cargado de años; pero también es posible que estas palabras respondan a un dilema vital más profundo en el que merece la pena indagar.

Las cartas en las que Platón habla así constituyen una sección con rasgos propios en el conjunto de su obra. Después de recorrer los diálogos que escribió, el lector encuentra que él es el gran ausente. En los diálogos habla, come y bebe, ama y muere un elenco amplio de personajes a los que Platón rinde homenaje, critica, ridiculiza o utiliza solo como actores secundarios de la trama principal. Pero él mismo permanece en la sombra fuera de la escena. A veces se esconde tras la máscara de Sócrates, pero no pisa las tablas, no se expone, ni siquiera como narrador de los acontecimientos. En cambio, en las cartas toma la palabra y por eso estos textos ocupan un espacio singular en el *corpus* platónico. Las cartas tienen otro rasgo excéntrico en comparación con los demás escritos: de las trece que tenemos, ocho están dedicadas a las andanzas sicilianas, una particularidad que contrasta con la abrumadora presencia de Atenas en

3 Platón: *Cartas*, 350d, edición de José B. Torres Guerra, Akal, Madrid, 1993, p. 136. Incluimos a partir de ahora las referencias a las páginas de esta edición en el texto, entre paréntesis.

otros muchos lugares. Cuando Platón habla por sí mismo sin parapetarse detrás de un personaje, lo que ocurrió en Sicilia ocupa casi toda su atención.

La autenticidad de las cartas no es un caso definitivamente cerrado. Los expertos llevan siglos analizando fragmentos, confrontando fuentes y aplicando criterios estilísticos y doctrinales para discriminar los textos que pudieran haber salido de la mano de Platón de otros que habría que considerar apócrifos y espurios. No hay un acuerdo generalizado entre los eruditos. Donde unos ven una autoría probada, otros detectan la impronta de algún falsificador de notable pericia. Las discrepancias han llevado a distinciones sutiles: cartas seguramente falsas, las probablemente falsas, las de autenticidad dudosa, otras de incierta autenticidad y algunas, pocas, probablemente auténticas.

Siguiendo las cautelas de los que más saben, podemos decir al menos que Platón, en un momento en que el género epistolar se estaba consolidando, habría escrito algunas cartas. Desde la invención de la escritura se había utilizado la carta, o más bien algo semejante a un mensaje corto, como medio de comunicación comercial o para transmitir una situación personal delicada. Es en el s. IV a. C. cuando la palabra escrita se extiende y las cartas sobresalen como un género de referencia propicio para comunicar doctrinas, ideas políticas o acontecimientos de la vida cotidiana. Son textos de extensión variable que acercan a personas alejadas entre sí y tienen un lenguaje en principio sencillo y directo que escapa de la pomposidad. El destinatario es alguien concreto o un grupo de

personas también determinado. Este fondo personal y privado ha motivado que las de Platón se conozcan como cartas y no como epístolas, pues se suele reservar esta última denominación para los textos dirigidos al público, menos espontáneos y con más pretensiones literarias.

Bien es verdad que los diálogos ya favorecían la inmediatez y la agilidad en la sucesión de los argumentos, discutidos siempre por figuras concretas que vivificaban la doctrina y que querían alejar a la filosofía del aroma de lo anquilosado. Pero Platón manifestó reservas profundas sobre la escritura, incluso sobre los diálogos. La palabra escrita es inmóvil e inalterable —objeta—, una vez plasmada en el soporte elegido deja de expresar el movimiento del pensamiento que la ha precedido. Por otro lado, está abandonada a su suerte, es huérfana y no puede recurrir a su autor para dar cuenta de sí misma. En el *Fedro* se puede leer: «Es impresionante lo que pasa con la escritura, y por lo que tanto se parece a la pintura. En efecto, sus vástagos están ante nosotros como si tuvieran vida; pero, si se les pregunta algo, responden con el más altivo de los silencios»⁴. Expresan, pero no responden a las interpelaciones. Para cumplir satisfactoriamente su función, las palabras necesitan alguien que las pronuncie, las matice, las critique o las integre en su vida. La carta también adolece de las carencias de la escritura, claro está, pero da un paso adelante para transmitir una voz propia, un discurso personal que se acerque a la inmediatez pretendida. No es una pintura de

4 Platón: *Fedro*, 275d, traducción de Emilio Lledó, Gredos, Madrid, 1986, p. 405.